

Pero mientras una y otra dominadas por afecciones diametralmente opuestas, luchan contra el destino que parece complacerse en sus padecimientos, volvamos nosotros la vista hácia la flota española que dejamos navegando hácia las costas mexicanas, y á la cual seguiremos paso á paso, para que el lector pueda hablar con toda exactitud de aquella expedicion, cuyos detalles me propongo narrar concienzudamente.

CAPITULO XII.

La flota española.

La alegre expedicion que llena de entusiasmo y de halagadora esperanza se alejó el dia 7 de Julio, ambiciosa de gloria y de inmortal renombre del animado puerto de la Habana, navegó tranquila con viento en popa, y sobre un mar en extremo benigno, hasta la sonda de Campeche, aumentándose el patriótico ardor de los soldados á medida que se aproximaban al sitio en que esperaban inmortalizar, con altos hechos de armas, el digno nombre que de españoles llevaban.

Todo parecia que se presentaba á favorecer aquella empresa que, ninguna otra na-

cion del mundo, con tan reducido número de valientes, se hubiera atrevido á imaginar siquiera. Ese arrojo, esa temeridad, ese espíritu guerrero y de aventura, que no cuenta el peligro, los ostáculos, ni los trabajos sino que antes parece vive y se alimenta con ellos: ese desprecio á la vida, ese indómito denuedo para afrontar todos los riesgos sin contar con el número de enemigos ni la extension de terreno en que van á operar, sin mas elementos por su parte que con el valor de un puñado de hombres, solo es propio de los sufridos y arrestados españoles que se han singularizado en todas épocas por su espíritu caballeresco y emprendedor.

Recórrase la historia de las naciones página por página, y se verá que todas, desde la mas remota antigüedad hasta el gran capitán del siglo, Napoleon, han emprendido sus conquistas con numerosos ejércitos bien disciplinados, excelentemente armados, provistos de cuanto es necesario á la vida del soldado, y con recursos inmensos para dar cima á sus empresas. Solamente los españo-

les, que encuentran irresistible atractivo en lo maravilloso, y que cuentan los placeres por el número de trabajos que hay que arrostrar y vencer, se lanzan á países desconocidos sin las precauciones que no olvidan jamas los demas reinos. Trátase de la conquista de México, de ese gran imperio poblado de valientes guerreros, y Hernan Cortés, ese héroe, ese gran político, superior á todos los capitanes que han producido los siglos, sin contar con mas ejército que con trescientos hombres, algunos mosquetes y catorce caballos, sin bagajes, sin tiendas de campaña, desembarca en Veracruz, barra los buques que le habian conducido á la costa, y plantando el estandarte de la cruz, toma posesion en nombre de los reyes de España, y empieza la colosal conquista de aquel vasto imperio, resuelto á vencer ó morir en la demanda.

Igual cosa acontece con Pizarro en el Perú; y mas tarde, cuando México independiente, poderosa y fuerte, llena de fé y con numeroso ejército se ostentaba en todo su vigor, tres mil once soldados, se disponen

á la reconquista, (1) seducidos por unos cuantos visionarios que habian hecho creer con exageraciones ridiculas, que el país entero, cansado de las revueltas políticas, se uniría á los expedicionarios tan pronto como pisasen las playas mexicanas.

El día 11 bajó mucho el barómetro, y anunció un terrible y próximo temporal.

Efectivamente, á las doce de la noche, hallándose todavía la flota sobre la sonda, arreció el viento y sobrevino una tormenta espantosa que, siguiendo cada vez mas imponente, obligó el día 12 á pasar por entre los bajos con una mar espantosamente gruesa, obligando á separarse á los buques, y llevando la capitana el rumbo mas seguro de todo el convoy.

Así continuó el tiempo, y la flota estuvo á la capa hasta las doce del día 13 con viento S. E. y fuertes chubascos que, continuando sin interrupcion, fueron causa de que, al llegar la noche, no se hallase ningun bu-

(1) Aunque los soldados que llegaron á desembarcar solo fueron dos mil seiscientos, el número que salió de la Habana fué de tres mil once.

que á la vista del otro, ignorando cada cual la suerte que le habia tocado al resto de la expedicion, hasta que el tiempo les permitiese aproximarse á Cabo Rojo, punto convenido de reunion, que se habia dispuesto en caso de temporal.

Por fortuna, el 14 calmó algun tanto el viento, y aunque los horizontes se veian negros y cargados, los barcos pudieron dirigirse al sitio en que debia reunirse la flota. Favorecida ésta al fin por el viento que se manifestó bonancible, se presentaron á las diez de la mañana, cinco velas á la vista de Cabo Rojo, que eran la goleta de guerra *Amalia*, y los trasportes números 5, 9, 14 y 15.

A la vista de tierra, dos semblantes brillaron con una alegría superior á la del resto de los demás soldados, sobre la cubierta de uno de los buques. El de D. Andrés que volvía á ver el suelo donde habia dejado los objetos mas caros del corazón, y el de su sobrino Ramirez que soñaba en la gloria y los grados que iba á conquistar en el campo de batalla.

—¡Mira.... allí está la tierra de mis hijos....!

Exclamó el anciano señalando la arenosa playa en que se iban á estrellar las espumosas olas del amar, sin poder contener el gozo que inundaba su corazón, ni las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—¿Y llora vd., querido tío?

—Sí; pero estas lágrimas son de placer; las arranca la vista de esa dilatada costa en donde me parece á cada instante que van á presentarse mis queridos hijos para esperar á que salte á tierra su cariñoso padre: se me figura escuchar entre el murmurio del abrasado viento, que de allí viene, la voz argentina y dulce de mi adorada Pilar que, al lado de su hermano, sonríe de placer al volverme á encontrar para no separarnos nunca!....

—Y Dios querrá que se realicen las risueñas esperanzas que le sonrien al descubrir el país encantador en que dejó las caras prendas del corazón.

—Conozco que todo no es mas que una quimera, un delirio, un sueño encantado en

que vuela mi mente por los horizontes sin término de la felicidad; pero es tan dulce este sueño, son tan deslumbrantes los colores con que se presentan ataviados los delirios de la fantasía, preséntanse las quimeras de tan seductores hechizos rodeadas: embalsaman sus consoladoras mentiras de tal manera las penosas amarguras de la verdad, que sus ficticios placeres existentes solo en los maravillosos espacios de la imaginación, son de mas estima al alma, que la estéril realidad que no llena el vacío de un desgarrado corazón.

—Al menos mientras sueña uno que es feliz, no padece; y ese instante en que la fantasía arrebatada al hombre del mundo real de los dolores al mundo ideal de los deleites sin término, es verdaderamente un instante de positiva ventura, puesto que ese instante ha sido una tregua dada á sus padecimientos; la dulce medicina que ha suspendido los tormentos de la enfermedad, dejando descansar al doliente.

—¡Pero con qué rapidez pasan, Ramirez, esos dorados ensueños!

—Con la rapidez con que pasan todos los bienes de la vida.

—Sí; yo que hace un instante dejaba volar mi fantasía por los deslumbrantes cielos de lo irrealizable, acabo de descender al amargo mundo de mis miserias....! Yo que esperaba se apareciesen de un momento á otro en la desierta playa mis queridos hijos para abrazarme, acabo de leer en el fondo de mi corazón la muerte del uno, la espantosa miseria de la otra!....

Y D. Andrés llevó el pañuelo á los ojos para ocultar y secar su llanto.

—Destierre vd. de su mente, querido tío, tan téticas ideas.

Eso es imposible.

—¡Qué diantre! alma heróica, y no dejarse avasallar, como débil mujer por suposiciones que no tienen de cierto otra cosa sino anticipar males. Hace un instante que soñaba vd. con venturas y era vd. feliz; ahora sueña vd. con desgracias y es vd. desgraciado: pues señor, sueño por sueño, mas vale el que nos proporciona alivio que tormentos. Soñemos los dos que desembarca-

mos: que lleno de fé y de esperanza cruza el ejército por los frondosos valles y pintorescas poblaciones de la reina de las Américas: que acogidos benévolamente por todas partes, nos acercamos á las suntuosas puertas de la magnífica ciudad que perdió mas de doscientos mil hombres, defendiéndose heroicamente contra Cortés y sus aliados; que

—¡Ah!.... ese mas bien que sueño—contestó D. Andrés con el acento de la mayor fristura—es un cuento de hadas que excede á lo posible.

—¿Por qué razon?

—Porque nuestro reducido ejército va á tener que luchar con una nacion de siete millones, que se levantará como un solo hombre á combatir por su independencia.

—No es esa la opinion de los que han influido en esta empresa.

—Porque á esos hombres les ha obcecado su mal entendido patriotismo.

—¿Es decir que vd. no abriga ninguna esperanza de llegar á la capital?

—Ninguna.

Exclamó Don Andrés exhalando un suspiro.

—Pues entonces ¿qué ha podido impulsar á vd. á venir en la expedición?

—La esperanza de encontrar á mis hijos; el afán de preguntar por ellos á cuantos vea: la obligación de escribir á todos mis amigos de la capital suplicándoles me digan la suerte que han corrido los dos caros objetos de mi corazón.

La llegada de un grupo de soldados al sitio en que se encontraban D. Andrés y Ramirez, puso fin al diálogo de éstos, que fué sustituido por otro menos ordenado de aquellos.

—Oye, *camarao*—decía un soldado—alárgame la bota de vino para ver si besándola se me acaba de quitar el mareo que me ha acompañado en toa la navegacion.

—Voy á servirte; pero dile al señor Neptuno que no haga dar tantos respingos á esta caja, para que pueda dártela.

Y abriendo las piernas para guardar el balance del buque, se acercó poco á poco á donde estaba el devoto del dios Baco.

—Esto neutraliza la humedad que deja en el estómago el viento de los mares.—Dijo despues de haber disminuido el volumen de la bota en algo mas de un cuartillo.—Pero ¿cuándo darán orden de que saltemos á tierra?

—Eso es imposible, hasta que no lleguen los otros buques que salieron con nosotros.

—¿Y si ha concluido el temporal con ellos?

—Entonces es regular que nos manden volver por donde hemos venido.

El toque de corneta que llamaba á pasar lista, deshizo al momento el grupo que lamentaba la tardanza de los otros buques de la expedición.

El temor de que le hubiera sucedido alguna desgracia al resto de la escuadra, tenía impaciente á aquella gente que hubiera considerado como la mayor fatalidad, se renunciase por algun contratiempo, á la proyectada empresa. Pero al temor empezó á suceder el contento desde el siguiente

dia 15, en que, al amanecer, se reunió el trasporte número 7; siguió á éste el bergantín de guerra *Cautivo*, hasta que, por fin, el día 22 se presentaron las fragatas de guerra *Lealtad* y *Restauracion*, el trasporte número 6, y el bergantín *Tres-amigos* que, juntos con el navío *Soberano*, presentaban sobre el mar la mas risueña y alegre perspectiva.

Solo faltaba para completar el número de velas que habia salido de la Habana, la corbeta norte-americana *Bigham* que, arrojada por el temporal, arribó á Nueva Orleans con cuatrocientos soldados españoles y su comandante D. Manuel de los Santos Guzman; quedando por este motivo reducida la expedicion á 2,600 hombres.

El día 24 á las seis y media de la tarde, despues de haber pasado el anterior con la misma impaciencia por parte de los soldados, dió fondo la escuadra en 15 brazas de agua, enfrente á la punta de Jerez, á distancia de seis millas de ésta: en el siguiente se dió la orden de aproximarse los transportes á tierra, y el 26 á las seis de la ma-

ñana, el jefe de la expedicion D. Isidro Barradas, y el almirante D. Angel Laborde, salieron en dos falúas, con objeto de aproximarse á tierra, para buscar sitio conveniente para el desembarco, porque en la ensenada de toda aquella costa, hay mucha resaca que hace muy dificultoso verificarlo.

Estando en esta operacion, aparecieron en la costa seis hombres á caballo, que temieron acercarse á la orilla. Entonces el general de marina, dispuso que pasase un marinero á nado hasta ella: al verle solo, se acercó uno de los seis, á quien el espresado marinero entregó una onza de oro y algunas proclamas de parte de Barradas que llevó en un cañuto de hojalata perfectamente cerrada. El mexicano recibió el dinero en premio del servicio que le pedian de repartir aquellos papeles, y se fué, prometiendo volver por la tarde, y diciendo que para ser conocido pondria una banderita blanca. Cumplió su palabra, y á las cuatro se la vió flamar sobre el médano, correspondiéndole con la misma señal el bergantín *Cautivo*.

Contentos Barradas y Laborde de la ad-

hesion que hacía ellos manifestaba aquel mexicano, se metieron en una falúa y se acercaron, cuanto les fué posible, á tierra; pero como era imposible llegar á esta, por lo fuerte de la resaca, ordenaron al mismo marinero de la mañana, que se dirigiese á la orilla, llevando en el mismo cañuto de hojalata, proclamas y papeles de Barradas, en que exhortaba á los naturales de los pueblos cercanos se mantuviesen tranquilos en sus hogares, y viniesen á la playa con toda clase de comestibles, los cuales se les pagaria con religiosidad.

El mexicano, que no debía ser hombre muy tímido, manifestó al marinero, deseos de hablar con el jefe de la expedición, y poco despues se encontraba á bordo, siendo objeto de la atención de los soldados que se hallaban al lado de Barradas.

—¿Ha repartido vd. las proclamas entre los habitantes de los pueblos comarcanos?

Le preguntó sonriendo y con afabilidad el jefe de la expedición.

—Sí señor; todas sin dejar una.

Contestó el mexicano con bastante des-
embarazo.

—Nosotros no venimos como enemigos, venimos como hermanos á tenderles una mano amiga, para que dejando sus revoluciones, vuelvan á ser felices bajo el amparo de la España.

El mexicano hizo con la cabeza una señal de asentimiento, con la cual ni contrariaba á su interlocutor, ni se exponía á decir tal vez lo que no sentía.

—¿Y se observa—continuó Barradas—algun movimiento hostil, en la clase militar?

—Ayer se dió parte á la autoridad de Tampico, de la aparición de la flota. Pero por ahora no deben vdes. tener ningun temor, pues hay muy poca tropa por estas costas.

Despues de haberse cruzado algunas palabras mas, Barradas, agradecido á las noticias y deseo que en servir pensó ver en el mexicano, le dió otra onza de oro, y le encargó que al siguiente dia apareciese en la playa.

Por poco que aquel mexicano meditase,

¡cuán sorprendido quedaria al hacer un paralelo entre la expedicion llevada á cabo trescientos años hacia, por Hernan Cortés, y la del poco experto Barradas! En aquella, los españoles solo habian obsequiado á los hijos del país, con objetos deslumbrantes de ningun valor, recibiendo, en cambio, ricos presentes de oro, mientras ahora, regalaban codiciadas onzas, en cambio de palabras y promesas que, regularmente, no se cumplirian.

Tampoco debia formarse un favorable concepto de la capacidad de un general que, antes de desembarcar y en un punto á cuya orilla no podian llegar las lanchas, repartia proclamas que debian dar un resultado contrario á lo que su limitado talento le habia hecho concebir: porque aquellas proclamas venian á ser el grito de alerta que daba al país para que se prepara á la lucha; grito que debia levantar á la nacion en masa, para ir á combatir contra un puñado de hombres que osaban invadir aquella moderna república.

Dada la señal de desembarco á las seis de

la mañana del dia 27, las lanchas, llenas de soldados, se aproximaron á tierra cuanto les fué posible, y desde allí aquellos valientes, desnudándose, y colocando la ropa y el fusil sobre el hombro, se arrojaban al agua para ganar la arenosa orilla, cantando y dando gritos de alegría, como los israelitas conducidos por Moisés al descubrir la tierra de promision.

El mismo Barradas, á quien no le negaré yo un valor á toda prueba, aunque no le conceda disposicion ni estrategia militar, confundiéndose entre los soldados, y desnudo como ellos, permaneció por mucho tiempo en medio del agua, animando á unos y ayudando personalmente á otros, risueño y alegre como pudiera estarlo despues de la mas brillante victoria.

Era español en cuanto al desprecio del peligro, en su arrojo, en su sed de gloria; pero, por desgracia, no estaba en relacion su capacidad ni su buen deseo, con el valor indisputable, casi temerario de su corazon.

Si de ex-profeso se hubiera buscado la manera de destruir á los valientes soldados

españoles que, llenos de confianza no calculaban en los riesgos ni en los peligros, no hubiera escogido el gobierno época mas terrible, ni Barradas punto menos conveniente para desembarcar. El vómito y las fiebres amarillas que diezman en toda estacion la gente europea que desembarca en las costas de México, en el mes terrible de Julio, en que la expedicion española llegaba, debía necesariamente concluir con ella, sin necesidad de otros enemigos. Sin embargo, nada era capaz de entibiar el noble ardimiento de los esforzados expedicionarios.

Bajo los rayos abrasadores del sol de los trópicos, en la estacion mas calurosa y mortífera del año, desembarcaban los soldados españoles con el agua hasta el pecho, llenos de entusiasmo, de fé y de alegría, corriendo á vestirse en la playa los que salian, mientras los que ya lo habian conseguido, construian barracas y abrian pozos para mitigar la ardiente sed que, despues de tan larga fatiga, les devoraba.

El cuadro que presentaba aquel conjunto de hombres, unos saltando de las lanchas,

otros luchando con la resaca para ganar la orilla, maldiciendo algunos, cantando otros, vistiéndose aquellos entre la arena, y convertidos en Adanes los que aun avanzaban por el agua, era digno del pincel del mas célebre pintor.

Este penoso desembarco que, como he dicho, empezó como á las seis de la mañana, terminó poco antes de ocultarse el sol, convirtiéndose, como por encanto, aquel desierto arenal en una poblacion animada, alegre, festiva y poderosa.

Al verse todas en tierra, los soldados entonaban alegres canciones, se divertian, se abrazaban, y en medio de aquel júbilo que excede á toda ponderacion descriptiva, ninguno sentia ni la fatiga de los trabajos pasados, ni el sofocante calor que se levantaba de la caldeada arena que tenian de pavimento.

El R. P. Fr. Diego Miguel Bringas, que participaba del regocijo general, y que se hallaba en la tienda preparada á Barradas, con este general, con Laborde, Bazán y otros oficiales de alta graduacion, llevado